

Foceca y sus colonias: A propósito de un reciente coloquio

ADOLFO J. DOMÍNGUEZ MONEDERO

No dejaría de ser sorprendente el hecho de que, en el ámbito de los estudios sobre la colonización griega, el tema de la colonización foceca reapareciese con cierta periodicidad, si no fuera porque, a pesar de los numerosos trabajos que se dedican a dicho fenómeno, pocas son, en verdad, las conclusiones realmente firmes a que se suele llegar, lo que obliga a seguir investigando y profundizando en este caso concreto de empresas coloniales.

A este propósito respondió la convocatoria y celebración de un nuevo Coloquio, desarrollado en el Centre Jean Bérard de Nápoles durante el mes de diciembre de 1981, bajo el título *Vélia et les Phocéens: un bilan dix ans après* y cuyas actas, casi íntegras, han sido publicadas por la revista italiana *La Parola del Passato* en los fascículos 204-207, correspondientes al año 1982, que han salido a la luz durante el segundo trimestre de 1984 bajo la forma de un bien presentado volumen de 344 páginas, con el título genérico de *I Foceci dall'Anatolia all'Oceano*.

Realmente, ni el lema bajo el cual se reunió el Coloquio, ni el título que reciben las actas del mismo, responden, de hecho, al contenido de lo allí discutido; efectivamente, de Velia apenas se habla¹, de los foceos de Foceca tampoco hay nuevos datos, si exceptuamos una hipótesis de trabajo² y no existe un auténtico *bilan*, aunque hay algunos balances provisionales en algunos casos, sobre los que más adelante volveremos. Si pasamos al título de las actas, no aparecen, salvo la excepción mencionada, los foceos de Anatolia por ninguna parte y, en cuanto al Océano, aún no está representado

¹ M. Baggioni-Lippmann, «Etude géomorphologique du site de Velia», *I Foceci dall'Anatolia all'Oceano* (en lo sucesivo, *I Foceci*), pp. 210-223; W. Johannowsky, «Considerazioni sullo sviluppo urbano e la cultura materiale di Velia», *I Foceci*, pp. 225-246.

² G. Nenci, «L'allume di Foceca», *I Foceci*, pp. 183-188.

más que por los recientes hallazgos de Huelva³, mucho más recientes en 1981, y que se han visto completados en años siguientes⁴.

Parecería, pues, que ninguno de los propósitos perseguidos se ha cumplido. Y, sin embargo, no es así. El mérito principal de reuniones de este tipo consiste en permitir a una serie de especialistas el presentar sus últimas aportaciones en su campo concreto, por pequeño que sea éste, tanto espacial como temporalmente. Bien es cierto que, como observa Morel en su habitual síntesis final, predomina en esta reunión y quizá en la valoración general de la colonización focea, el testimonio arqueológico. El ilustre investigador francés opina que será la arqueología la que permitirá contemplar el panorama que brindan las fuentes clásicas a través de un enfoque nuevo⁵, lo cual, aunque puede ser cierto, no es óbice, ni mucho menos, para que la problemática que los autores antiguos presentan, pueda —y deba— ser planteada en un coloquio de estas características. El mismo erudito francés lamenta la ausencia de «historia evenemencial y diplomática», de numismática, religión, filosofía, literatura, arquitectura monumental, etc., que en ocasiones anteriores sí estaban presentes⁶, pero justifica esta ausencia considerándola una pausa. Pero, ¿es lícito hacer una pausa tal, cuando los datos que se nos brindan son tan numerosos y, en algunos casos, tan «revolucionarios»? Sinceramente, creo que no. Ha faltado algo de ese impulso que se veía en el *recueil* de 1966, donde el mismo Morel sentó las bases de lo que iba a ser en adelante el estudio de la colonización focea⁷; y mucho más se avanzó en el Coloquio de 1970, donde Lepore⁸ planteó algo tan fundamental como las «estructuras» de la colonización focea, y en el memorable artículo de Morel⁹, que ofrecía los datos y las síntesis, las preguntas y, en algún caso, las respuestas a diez años vista del *Velia e i Focei in Occidente* (PP, 21, 1966) sobre el mismo problema. Nada parecido hay en este último, al menos por el momento, coloquio sobre los focéos. Y, curiosamente, los únicos intentos de síntesis, al menos parciales, se refieren concretamente a la Península Ibérica y, en su mayoría, de la mano de nuestros colegas españoles que, por vez primera en este tipo de reuniones, están presentes en un número verdaderamente importante. Esto se debe, sin duda alguna, a las novedades que presenta el panorama foceo en nuestro país, insospechable hace tan sólo diez años¹⁰.

³ R. Olmos, «La cerámica griega en el Sur de la Península Ibérica. La aportación de Huelva», *I Focei*, pp. 393-406; J. P. Garrido, María E. Orta, «Las cerámicas griegas de Huelva. Un informe preliminar», *I Focei*, pp. 407-416.

⁴ J. Fernández Jurado, *La presencia griega arcaica en Huelva*, Huelva, 1984.

⁵ J. P. Morel, «Les Phocéens d'Occident: nouvelles données, nouvelles approches», *I Focei*, p. 481.

⁶ *Ibid.*, p. 481.

⁷ J. P. Morel, «Les Phocéens en Occident: certitudes et hypothèses», *Velia e i Focei in Occidente*, PP, 21, 1966, pp. 378-420.

⁸ E. Lepore, «Strutture della colonizzazione focea in occidente», *Nuovi studi su Velia*, PP, 25, 1970, pp. 20-54.

⁹ J. P. Morel, «L'expansion phocéenne en Occident: dix années de recherches (1966-1975)», *BCH*, 99, 1975, pp. 853-896.

¹⁰ J. P. Morel, «Colonisations d'Occident. (A propos d'un récent Colloque)», *MEFRA*, 74,

Pero veamos qué nuevos datos poseemos y qué visión de conjunto podemos extraer de ellos, partiendo de Focea para, tras llegar a la costa Atlántica de la Península Ibérica, proseguir hacia la costa levantina peninsular, la sudgálica y la costa tirrénica itálica hasta Elea, no sin antes tocar las islas del Tirreno.

Es justo empezar por Focea. Arqueológicamente, poco puede añadirse a los datos que proporcionó Sartiaux¹¹, a no ser por el excavador más reciente de Focea, profesor Akurgal, que inició sus trabajos en la vieja ciudad jonía en 1952, y cuya ausencia en el Coloquio de 1981 fue públicamente lamentada, más aún por cuanto que, con algunas excepciones¹², poco o nada se sabe de los resultados obtenidos, todavía inéditos. La única contribución para la historia de esta *polis* es la de G. Nenci¹³ para quien el establecimiento de esta ciudad en su emplazamiento definitivo se debería al deseo de controlar las minas de alumbre, mineral muy importante en la Antigüedad y en épocas posteriores. Se basa el autor, fundamentalmente, en testimonios tardíos y en un trabajo de P. Ebner¹⁴ de los que infiere que, al fundarse la ciudad, los yacimientos mineralíferos ya serían conocidos y determinarían, en último término, su asentamiento allí. En favor de esta interpretación, creo que puede plantearse lo siguiente: Si el alumbre tuvo tanta importancia, sería lógico pensar que pronto se hubiera ejercido un control en la zona por alguna ciudad. Y, en efecto, sabemos que el territorio de la futura Focea, aunque ocupado por indígenas, estaba bajo la autoridad del tirano de la eólica Cime (Nic. Dam., Fr. 51 J 90), y que éste permitió a los colonos establecerse allí. Si tenemos en cuenta que Focea, al igual que Clazómenas y Esmirna fueron originariamente ciudades eolias que pronto, para Akurgal, al menos al final del siglo IX¹⁵, esos territorios formaban parte ya de la confederación Jonia y que Focea tuvo algunos problemas para ser reconocida como tal (Paus., VIII, 3, 10), lo que demostraría este origen eólico, podremos ver cómo el expansionismo jonio hacia el norte, en detrimento de los eolios, pudo tener como finalidad básica el control del alumbre foceo. Focea, significativamente, marca el límite septentrional de Jonia.

En favor también de la opinión de Nenci, puede aportarse además otro dato que este autor tampoco valora y que le habría servido para reforzar su argumentación. Por Justino sabemos que el territorio de los foceos se

1972, pp. 721-733; G. López Monteagudo, «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica», *AEspA*, 50-51, 1977-1978, pp. 3-14; *Colonización griega y mundo indígena en la Península Ibérica*. *AEspA*, 52, 1979. Vid. además, las recientes síntesis de J. Boardman, *The Greeks Overseas. Their Early colonies and Trade*, 3.^a ed., Londres, 1980, y A. J. Graham, «The colonial expansion of Greece», *C.A.H.*, III, 3, Cambridge, 1982, pp. 83-162. Cf. artículos citados en notas 7, 8 y 9.

¹¹ F. Sartiaux, «Recherches sur le site de l'ancienne Phocée», *CRAI*, 1914, pp. 6-18.

¹² E. Akurgal, «Les fouilles de Phocée et les sondages de Kymé», *Anatolia*, 1, 1956, pp. 3-14; E. Langlotz, «Beobachtungen in Phokaia», *AA*, 1969, pp. 377-385.

¹³ Artículo citado en nota 2.

¹⁴ P. Ebner, «Il mercato dei metalli preciosi nel secolo d'oro dei Focei (630-545 a. C.)», *PP*, 21, 1966, pp. 111-127.

¹⁵ E. Akurgal, «The Early Period and the Golden Age of Ionia», *AJA*, 66, 1962, p. 370.

caracterizaba por su *exiguitas* y su *macies*, lo que obligó a estos individuos a vivir de la pesca, la piratería y del comercio (XLIII, 3, 5). Así pues, Focea no poseía recursos suficientes para su alimentación lo que implica que debería importarlos para lo cual debía disponer de alguna otra fuente de ingresos. Esta muy bien pudiera haber sido el alumbre. En todo caso, pronto empezaría los foceos a frecuentar las aguas del Mediterráneo oriental, junto con otros griegos del Este, de los que quizá no puedan ser claramente diferenciados, tal y como plantea J. de la Genière¹⁶ por el investigador actual; a pesar de ello, las nuevas técnicas físico-químicas al servicio de la arqueología van permitiendo poder entrar con más seguridad en el campo de la atribución de piezas cerámicas concretas a lugares de producción determinados; esto, en último término, permitirá que esta incapacidad de diferenciación vaya siendo menor. Por el momento, y en base a los análisis de Dupont¹⁷ se han individualizado ánforas comerciales de Quíos, Clazómenas, Lesbos, Mileto y Samos. Focea está aún ausente de este panorama, pero ¿es que Focea exportaba vino o aceite? Como, al parecer, no lo hacía, es improbable que poseyese tipos anfóricos propios.

Estos desplazamientos marítimos van a permitir a los foceos conocer los nuevos ámbitos que van siendo descubiertos por sus compatriotas jonios y, especialmente, por los milesios; esto, sin duda alguna, les será de gran utilidad en el momento en que la propia Focea, superpoblada, es decir, con una población muy superior a la que sus escasos recursos le permiten mantener¹⁸, decide asentar a parte de su población en la costa anatólica del Helesponto, fundando hacia el 654 a. C. la ciudad de Lámpsaco (Caron. Lampsaceno, Fr., 7 J 262), en una región aún no ocupada por los griegos, pero en cuyas cercanías habían ya establecido los milesios sus colonias de Abidos, Paeso y Colonas, y los parios, milesios y eritreos la colonia de Pario, ya en la Propóntide. Lámpsaco es, junto con Focea, la otra gran ausente en éste y otros Coloquios, ya que es la primera colonia focea de que tenemos noticia, y cuya experiencia, tal vez, sirvió en la ulterior expansión de la metrópolis.

La política comercial focea va, durante el siglo VII, a la zaga de la que ejercen sus poderosas hermanas jonias, sobre todo Samos y Mileto; esto permitirá a los foceos estar presentes en el *Hellenion* de Naucratis (Hdt., II, 178) y, lo que es más interesante aún, aprovecharse de las nuevas rutas comerciales que los samios están empezando a utilizar para llegar al Extremo Occidente (Hdt., IV, 152) y, en último término, beneficiarse (¿exclusivamente?) de ella y crear, definitivamente, un área de expansión comercial propia¹⁹.

¹⁶ J. de la Génierre, «Asie Mineure et Occident. Quelques considerations», *I Focei*, pp. 163-181.

¹⁷ P. Dupont, «Amphores commerciales archaïques de la Grèce de l'Est», *I Focei*, pp. 193-209.

¹⁸ Cf. C. G. Starr, *The economic and social growth of Early Greece. 800-500 B. C.*, Nueva York, 1977, pp. 41-45.

¹⁹ C. Roebuck, *Ionian Trade and colonization*, Nueva York, 1959, p. 134, sobre el carácter

Llegamos, así, a Iberia y, dentro de ella, a Tartessos²⁰. J. P. Garrido y E. Orta²¹ analizan toda una serie de datos histórico-topográficos y arqueológicos de Huelva, lo que termina por llevarles a plantear la ecuación Huelva = Tartessos²², lo cual, en principio, es arriesgado. Más correcto, por el momento, y mientras las zonas excavables en Huelva sean tan exiguas como hasta ahora, será decir que Huelva *está en* Tartessos, que no tiene que oponerse forzosamente a Iberia como hace Shefton²³; no obstante, nó-hay que descartar que, en este caso, el *emporion* se encuentre prácticamente lindando con uno de los centros más importantes de la Tartesside, como muestran las excavaciones, que han localizado un poderoso establecimiento indígena en los cabezos, sobre todo en el de San Pedro²⁴.

Del estudio específico de las principales manifestaciones cerámicas se encarga R. Olmos²⁵, cuyas apreciaciones de tipo estilístico-cronológico permiten situar el gran auge de las importaciones griegas durante la primera mitad del siglo VI. Sin embargo, este autor relaciona con la presencia focea en Huelva otra serie de hechos: la llegada a Ampurias, el horizonte disperso de las copas jónicas tipo B en la costa levantina y meridional, el auge de la plástica ibérica en el Sudeste y la búsqueda del comercio tartésico en Huelva²⁶. Por lo que se refiere al primer fenómeno, ya volveremos a él más adelante; con relación a la cerámica jonia, ya Shefton y Rouillard²⁷ han estudiado el horizonte correspondiente, que quizá pudiera ser completado con un estudio acerca de las verdaderas implicaciones de las llamadas «urnas de orejetas perforadas», desde el punto de vista del impacto sobre la población indígena²⁸. Con relación a la búsqueda del comercio tartésico en Huelva, éste debe haber sido un fenómeno iniciado ya, al menos, durante el último cuarto del siglo VII a. C.²⁹ o, como mucho, primeros años del siglo VI, por lo que no es apropiado incluirlo en este momento. Es más, el hecho de que en Huelva haya ya abundantes y variadas piezas es un indicio más de que

«colectivo» de las empresas jónicas. Cf. art. cit. en nota 16. Sobre el eventual control por Mileto de la Propontide y de Lámpsaco, vid. G. Glotz, *Histoire grecque*, I, París, 1948, p. 163.

²⁰ Cf. A. J. Domínguez Monedero, «Los términos "Iberia" e "Iberos" en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum*, 2, 1983, pp. 203-224; J. Remesal, «Imagen y función de Iberia en el Mediterráneo Antiguo», *Atti I Cong. Int. St. Fenici e Punici*, Roma (1979), 1983, pp. 837-845.

²¹ Art. cit. en nota 3.

²² *Ibid.*, p. 413.

²³ B. B. Shefton, «Greeks and Greek imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence», *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge*, 8, 1982, p. 349. Cf. A. J. Domínguez, art. cit. nota 20.

²⁴ D. Ruiz, J. M. Blázquez, J. C. Martín, «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, 5, 1981, pp. 149-316.

²⁵ Art. cit. en nota 3.

²⁶ *Ibid.*, p. 405.

²⁷ B. B. Shefton, art. cit. nota 23; P. Rouillard, «Les céramiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la Péninsule Ibérique: recherches préliminaires», *Les Céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*, Nápoles, 1978, pp. 274-286.

²⁸ A. J. Domínguez Monedero, «Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sudeste peninsular y Levante, en época arcaica», *Homenaje a Siret*. (En prensa.)

²⁹ B. B. Shefton, art. cit. nota 23, pp. 345-347; p. 353.

no se está buscando el comercio con Tartessos, sino que ya se ha encontrado.

Finalmente, el aspecto de la plástica ibérica; si nos atenemos a los datos que proporciona su principal estudiosa, T. Chapa³⁰, el inicio de estas manifestaciones escultóricas es posterior a la mitad del siglo VI y, por consiguiente, *no coinciden* de ninguna manera con el auge de la presencia focea en Huelva, sino que son sucesivas; hecho, por otra parte, ya observado por Shefton³¹. Es evidente, y la contribución de Chapa es reveladora, la influencia helénica en estas esculturas, hasta el punto de hacer pensar en la presencia de artesanos foceos. Hasta aquí, plenamente de acuerdo. Sin embargo, no hay, además de referencias vagas a una «helenización», ningún modelo que permita explicar el *cómo* y el *porqué* de ésta. Modelo que yo resumiría en los siguientes puntos: debilitamiento de la presencia focea en Huelva desde las últimas décadas del siglo VI; problemas en Córcega hacia la misma época; readaptación de la economía focea occidental a las nuevas necesidades, y búsqueda de nuevos puntos que las satisfagan; fijación en el Sudeste y Levante peninsulares de lugares idóneos ante la nueva situación; transacciones con las *élites* indígenas; escultura como medio de resaltar el prestigio social de las aristocracias indígenas, proporcionada por los foceos, con la presencia física de artesanos de ese origen³²; fenómeno que, por otra parte, está presente en otras regiones mediterráneas, como Etruria, Lacio, Campania, etc. Este modelo, aquí muy esquematizado, permitiría explicar la presencia de esta escultura desde mediados del siglo VI en adelante.

Por otra parte, es problemático, como hace T. Chapa³³ seguir empleando el término de «colonia» para los eventuales establecimientos en el Sudeste y el Levante. No veo, no obstante, por qué P. Rouillard³⁴, prefiere no hablar de *emporía*, en base, sobre todo, a la ausencia de mención de una estructura jurídica para los intercambios. Entramos en el peligroso *argumentum e silentio*: el que no haya testimonios, para todos los casos, salvo Ampurias, no quiere decir que no tenga por qué no existir un marco jurídico. Es significativo, además, otro hecho: es más que probable que los foceos estén dando, en este momento, ejemplo de una transformación trascendental bien estudiada por Mele³⁵, el paso del intercambio aristocrático, basado en la *ξενίη* (Argantonio sería el representante de éste), a la *ἐμπορίη*; proceso, empero, que no es puntual (quizá no es tan puntual, en todos los casos, como parece pensar Mele³⁶), sino que requiere un período de adaptación, fruto del cual sería la escultura, tal vez entendida aún como *ξενίη*, pero también

³⁰ T. Chapa, «Influences de la colonisation phocéenne sur la sculpture ibérique», *I Focei*, pp. 374-391; *Idem*, *La escultura ibérica zoomorfa en piedra*, Madrid, 1980.

³¹ B. B. Shefton, art. cit. nota 23, pp. 363-364.

³² A. J. Domínguez Monedero, «La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio», *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*, Teruel, 1984, p. 154; *cf. Idem*, art. cit. nota 28.

³³ T. Chapa, art. cit. nota 30, p. 385.

³⁴ P. Rouillard, «Les colonies grecques du Sud-Est de la Péninsule Ibérique. Etat de la question», *I Focei*, pp. 426-427.

³⁵ A. Mele, *Il commercio greco arcaico. Prexix ed Emporie*, Nápoles, 1979, pp. 97-99.

³⁶ *Ibid.*, pp. 97-98.

cerámicas ya no de lujo (al menos desde el punto de vista griego, al ser fabricadas «en serie») frente al gran lujo que suponían las importaciones a Huelva³⁷. No hay, pues, creo, motivos para no considerar como *emporion* puntos tales como Hemeroskopeion, Akra Leuke, Alonis, etc., donde quiera que puedan haber estado, tal y como nos dicen las fuentes, a las que hay que volver a conceder credibilidad³⁸, aunque sometidas a una crítica pertinente. Sobre la ubicación de uno de estos puntos costeros, Rouillard³⁹ propone identificar Alonis con Santa Pola, lo que, obviamente, es una simple hipótesis, no verificable mientras que alguna excavación científica no sea emprendida, pero que puede tener ciertos visos de verosimilitud, si tenemos en cuenta los objetivos perseguidos por los foceos en esta región y que, en mi opinión, se centran fundamentalmente en la obtención de sal⁴⁰.

Si dejando el litoral suroriental, no sin antes lamentar la ausencia de algún especialista en lenguas y escrituras prerromanas que hubiese aclarado el origen de la escritura greco-ibérica de Contestania, de la que los últimos estudios indican un origen indudablemente samio (nuevamente Samos), aunque no se descarta, por falta de datos, a Focea, al menos como transmisora, y presente en la Península Ibérica con anterioridad al 450 a. C.⁴¹, pasamos a la costa Nororiental, nos hallaremos dentro de la problemática de Emporion. E. Sanmartí⁴² plantea una serie de interesantes sugerencias acerca de la reproducción por parte de los foceos del modo de asentamiento indígena, posteriormente retomadas y ampliadas por el mismo autor en un trabajo más reciente en el que se plasman gráficamente sus ideas al respecto⁴³. Lo que más nos interesa aquí es la constatación de que, en sus inicios, la Palaia polis ampuritana no es un asentamiento foceo en exclusiva, sino que es un punto compartido por éstos, por los fenicios y por los etruscos, idea que me parece perfectamente válida, y que entronca con lo que ya sabíamos de la frecuentación fenicio-occidental de las costas levantinas, considerada por Almagro Gorbea como «pre-colonial» o «comercial», a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C., y que él considera entroncada con el horizonte comercial etrusco en Provenza⁴⁴, que, tras los estudios de Llobregat, puede ampliarse también a la Península Ibérica⁴⁵.

³⁷ Sobre Huelva, R. Olmos y J. P. Garrido-E. María Orta, arts. cit. nota 3, y J. Fernández Jurado, *op. cit.*, nota 4; sobre la cerámica del final del siglo VI y siglo V, R. Olmos, M. Picazo, «Zum Handel mit griechischen Vasen und Bronzen auf der Iberischen Halbinsel», *MM*, 20, 1979, pp. 191-193.

³⁸ P. Rouillard, art. cit. nota 27, p. 286.

³⁹ P. Rouillard, art. cit. nota 34, p. 429.

⁴⁰ A. J. Domínguez, art. cit. nota 32, pp. 155-156.

⁴¹ J. De Hoz, «Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica», *Unidad y Pluralidad en el Mundo Antiguo. VI C.E.E.C.*, Madrid, 1983, p. 365; cf. M. Almagro Gorbea, «La "colonización" focense en la Península Ibérica. Estado actual de la cuestión», *I Focei*, p. 435.

⁴² E. Sanmartí, «Les influences méditerranéennes au Nord-Est de la Catalogne à l'époque archaïque et la réponse indigène», *I Focei*, pp. 281-298.

⁴³ J. Rovira, E. Sanmartí, «Els orígens de l'Empuries precolonial i colonial», *Informació Arqueològica*, 40, 1983, pp. 95-110.

⁴⁴ M. Almagro Gorbea, art. cit. nota 41, pp. 432-433.

⁴⁵ E. Llobregat, «Iberia y Etruria: notas para una revisión de las relaciones», *Lucentum*, 1, 1982, pp. 71-91.

Recientemente, se ha planteado la posibilidad de que la función primaria en los primeros años de la Palaiapolis (que se vería reforzada si hubiese algún modo sólido de identificarla con la Cypsela de la *Ora Maritima* [vv. 527-531]), no es otra que la de punto de escala y aguada, esto es, sin ningún tipo de función económica precisa lo que, por otra parte, quedaría demostrado por la casi total ausencia en sus entornos de productos griegos, con excepción de los presentes en Ullastret⁴⁶. A estos hallazgos y, más concretamente, al llamado «hallazgo cerrado» de Ullastret⁴⁷ hace referencia Sanmartí⁴⁸ considerándolo como prueba de un *chieftain's trade*, lo que, realmente, lo vincula a un mundo precomercial y encaja perfectamente dentro del modelo que los mismos focos estaban aplicando en Tartessos (*vid. supra*). Pero, no obstante, hablar de Ampurias en el primer cuarto del siglo VI a. C. como de un *port of trade*⁴⁹, al menos desde el punto de vista griego, quizá no tenga sentido, porque, por el momento, no se ve la voluntad comercial por ninguna parte, ya que, en el caso de Ullastret, y en el de la eventual población indígena establecida en la isla de San Martín y, tal vez, en algún lugar de la costa próximo a ella⁵⁰, el intercambio de productos, que aquí no se busca pero que, evidentemente, de presentarse, no se rechaza, no es lo que lleva a los focos a ese punto costero.

Con respecto al traslado a tierra firme, ya haya tenido lugar hacia el 575 a. C.⁵¹ o hacia el 540 a. C.⁵², lo cierto es que no debió ser hasta después de esta última fecha cuando Ampurias adquirió un nuevo relieve tras la reestructuración de la política comercial foceo-occidental, quizá ya massaliota, a raíz de la caída de Focea en manos persas⁵³, y una importancia que será palpable a lo largo de todo el siglo V, momento en el que, según Sanmartí⁵⁴, se iniciaría una auténtica vida urbana en esta ciudad. No tiene razón, a nuestro juicio, Rouillard cuando afirma⁵⁵ que Ampurias no muestra ningún tipo de organización salvo en el aspecto defensivo; nuevamente, el que no aparezcan (o no hayan sido estudiados) datos concretos no es sinónimo de inexistencia. A este respecto, pueden señalarse recientes estudios sobre la finalidad económica de esta fundación (la llamada *Nea Polis* por los modernos investigadores)⁵⁶, cuyos resultados no son coincidentes, aunque

⁴⁶ A. J. Domínguez Monedero, «La función económica de la ciudad griega de Emporion», *VI Col. loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. (En prensa.)

⁴⁷ A. Arribas, G. Trías, «Un interesante "hallazgo cerrado" en el yacimiento de Ullastret», *AEspA*, 34, 1961, pp. 17-40.

⁴⁸ E. Sanmartí, art. cit., nota 42, p. 292.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 292; cf. K. Polanyi, *et al.*, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, 1976, pp. 99-102; 164-165.

⁵⁰ J. Rovira, E. Sanmartí, art. cit. nota 43, pp. 101-106.

⁵¹ E. Sanmartí, art. cit., nota 42, p. 292.

⁵² F. Villard, *La céramique grecque de Marseille (VIe-IVe siècle)*. *Essai d'histoire économique*. París, 1960, p. 115.

⁵³ A. J. Domínguez, art. cit. nota 46.

⁵⁴ E. Sanmartí, art. cit. nota 42, p. 293.

⁵⁵ P. Rouillard, art. cit. nota 34, p. 426.

⁵⁶ J. Rovira, E. Sanmartí, art. cit. nota 43, pp. 108-110; J. Ruiz de Arbulo, «Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el Golfo de Roses», *Coloquio sobre distribución y*

ello no quiere decir que no puedan complementarse, así como acerca del aspecto político-organizativo, donde, recurriendo a un análisis de la teoría política griega, así como a un análisis de los testimonios antiguos que de Emporion se poseen y estudiando algunos rasgos del modo de comportamiento foceo y, en este aspecto, el paralelo con Lámpsaco y Massalia es interesante, yo mismo he intentado elaborar una hipótesis de trabajo que supla, de momento, esta presunta falta de organización de la principal y, acaso, única *polis* helénica de la Península Ibérica⁵⁷.

Es de lamentar que, en este ámbito geográfico de la costa catalana, no cuente el Coloquio con ninguna comunicación acerca de los resultados de las excavaciones de Rhode, así como alguna interpretación más matizada acerca de su origen y función, de cara sobre todo a los colegas extranjeros, tal vez menos familiarizados con estos datos; no obstante, acerca de este último aspecto, dispone el investigador de un tratamiento reciente⁵⁸.

Como colofón de esta larga enumeración de algunos de los problemas en Iberia, sin duda la protagonista del Coloquio y la gran ausente en los anteriores, mencionaremos el «estado de la cuestión» de Almagro Gorbea⁵⁹, que además de aludir a algunos de los aspectos que trataron otros comunicantes, hace un especial hincapié en la cuestión del «impacto» sobre el mundo indígena. A este respecto, quizá por una cierta deformación profesional, el arqueólogo considera, en consonancia, por otra parte, con la que es una fructífera línea de investigación⁶⁰, que los productos introducidos por el comercio, «modifican las formas de vida y la ideología de la población indígena, siendo uno de los más eficaces elementos de aculturación». Me resulta difícil creer que a un indígena, por avisado que fuera, la simple contemplación de una pintura o una estatua griegas, le sugiriese ni tan siquiera una mínima parte de lo que podría haberle sugerido a un observador helénico. Es necesario, evidentemente, que aprenda algo de su significado, y que *alguien* se lo enseñe: recuérdense a este respecto las palabras de Coldstream en el Coloquio de Colonia⁶¹. De esta manera, los objetos no son *causa* de la aculturación, sino que su elección es *consecuencia* de la misma. En este mismo sentido, hay que restar importancia o, al menos, matizar la afirmación de que hay una *interpretatio* o sincretismo de divinidades indígenas que pasan a tener aspecto y nombre griegos⁶². El «nombre» griego

relaciones entre los asentamientos, Teruel, 1984, pp. 115-140; A. J. Domínguez, art. cit. nota 46.

⁵⁷ A. J. Domínguez Monedero, «La ciudad griega de Emporion y su organización política», *II Reunión Gallega de Estudios Clásicos*. (En prensa.)

⁵⁸ J. Ruiz de Arbulo, art. cit. nota 56.

⁵⁹ M. Almagro Gorbea, art. cit. nota 41, pp. 432-444.

⁶⁰ M. Almagro Gorbea, R. Olmos, «Observations sur l'assimilation de l'iconographie classique d'époque pré-romaine dans la Péninsule Ibérique», *Mythologie gréco-romaine. Mythologies périphériques. Etudes d'iconographie*. París, 1981, pp. 57-62; R. Olmos, M. Picazo, art. cit. nota 37, pp. 183-201.

⁶¹ «Men do not suddenly copy the art of complete strangers through casual imports». J. N. Coldstream, «Greeks and Phoenicians in the Aegean», *Phönizier im Westen. Madrider Beiträge*, 8, 1982, p. 272.

⁶² M. Almagro Gorbea, art. cit. nota 41, p. 438.

no quiere decir más que los griegos dan nombres comprensibles por ellos a divinidades extranjeras con las que, ellos creen, presentan las propias ciertas similitudes. Así, el decir que hay una Artemis o un Herakles iberos es lo mismo que decir que Menfis es sede del culto de Hefesto (Hdt., II, 3), o que en Tebas se venera a Zeus Tebano y a Herakles (Hdt., II, 42). Sólo que en el caso egipcio, sabemos que se hace referencia a Ptah, Amon y Khonsu, respectivamente, porque disponemos de testimonios egipcios independientes, lo cual no es el caso para el mundo ibérico; pero en ninguno de los dos casos hay una *helenización* implícita. El «aspecto griego», por su parte, creo que es, más bien, un fenómeno tardío que tampoco implica, necesariamente, una helenización.

En el fondo, el problema aquí es que, en muchos casos, es difícil saber si una imagen determinada posee en ambiente indígena el mismo significado que en ambiente griego y, en caso de que pueda atisbarse una significación concreta, es difícil saber cuál puede ser ésta.

Otro aspecto importante a tratar es el relativo a la posible coexistencia o no de dos distintas corrientes iconográficas⁶³, una orientalizante y otra griega. El autor, que excavó y dio a conocer el monumento de Pozo Moro⁶⁴ y ha sido quien de un modo definitivo ha restituido a la escultura ibérica el contexto que había perdido⁶⁵ ve en primer lugar un lenguaje iconográfico orientalizante de influencia fenicia que, en el transcurso del siglo VI va a transformarse en griego. Sin embargo, hay que tener presente que, según el más reciente estudio de conjunto de la escultura animalística ibérica, las áreas de localización del grupo de influencia oriental, más antiguo, se hallan, básicamente, en torno a la cuenca del Guadalquivir, con algún caso más excéntrico⁶⁶, mientras que las que presentan influencias griegas durante el siglo VI y V aparecen en el ámbito levantino, siendo posterior, ya en el siglo IV a. C., su paso a Andalucía⁶⁷. De este modo, más que una evolución y una continuidad, lo que parece haber es una clara ruptura; la influencia de la escultura andaluza de la primera etapa sobre la levantina de la segunda, no debe de haber sido fundamental; es más, los elementos orientales de las esculturas de influencia helénica de la costa levantina deben atribuirse al propio componente oriental, u orientalizante, del arte jonio del siglo VI a. C.⁶⁸.

Por lo que se refiere a otros aspectos, Almagro Gorbea vuelve a la interpretación «tradicional» de los orígenes de Emporion como un asenta-

⁶³ *Ibid.*, pp. 437-438.

⁶⁴ Ver en último lugar, M. Almagro Gorbea, «Pozo Moro. Un monumento funerario ibérico orientalizante», *MM*, 24, 1983, pp. 177-293.

⁶⁵ M. Almagro Gorbea, «El "paisaje" de las necrópolis ibéricas y su interpretación sociocultural», *RSL*, 44, 1978, pp. 199-218; *Idem*, «Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas», *XVI CNA*, Zaragoza, 1983, pp. 725-740.

⁶⁶ T. Chapa, *op. cit.*, nota 30, p. 1009, fig. 6.1; p. 1016.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 1008-1013; p. 1011, fig. 6.2; p. 1016.

⁶⁸ Cf. E. Langlotz, *Die kulturelle und künstlerliche Hellenisierung des Küsten des Mittelmeeres durch die Stadt Phokaea*, Colonia, 1966.

miento fijo y estable desde un primer momento, en contra de las opiniones más recientes sobre el tema, al tiempo que relaciona la desaparición del comercio foceo en Huelva hacia 540-535 a. C. con la disminución de las importaciones griegas en Levante⁶⁹, lo cual no es admitido por todos los especialistas⁷⁰ y, por lo que hemos dicho anteriormente, es, precisamente, esa debilidad o interrupción lo que permite que en el Levante peninsular surja una poderosa e influyente presencia focea, materializada, entre otros aspectos, en la escultura.

Por último, el relacionar la época de expansión focea, ca. 580-540 a. C., con la fecha de la discutida talasocracia focea, que Almagro Gorbea admite entre 584-540, es problemático, por cuanto que esas fechas, que ya admitía García y Bellido⁷¹, no parece que sean excesivamente exactas y, en todo caso, como ha puesto de manifiesto M. Miller⁷², son muchos los problemas que plantean las distintas versiones de estas listas, entre ellos el de su uso como fuente histórica, al menos para la época anterior al 530 a. C.⁷³.

Si abandonamos Iberia y pasamos a la vecina Galia, nos veremos sorprendidos por la ausencia de Massalia, indiscutida metrópolis occidental focea. Sin duda alguna, el problema más acuciante que hoy día plantea esta ciudad es el relativo a la regresión de la misma durante el siglo V, como propuso Villard⁷⁴ y que, en alguna ocasión, ha sido visto con escepticismo⁷⁵. Un testimonio indirecto de este fenómeno podría verse en la distribución cronológica de las ánforas massaliotas en Gravisca, tal y como la presenta M. Slaska: importante durante el siglo VI, declinando visiblemente desde el primer cuarto del siglo V, para desaparecer casi totalmente en la segunda mitad del siglo V a. C.⁷⁶. Testimonios de este tipo permiten ir llenando las lagunas que posee la investigación histórica, y confirmar previas hipótesis de trabajo.

Aun cuando Massalia, en sí, está ausente, algo sabemos de las ciudades de ella dependientes. En primer lugar, Agde⁷⁷, fundada al final del siglo V, quizá como jalón inicial en la constitución del «dominio massaliota». Es un mérito de Nickels el haber podido establecer esta fecha como la de la fundación de la ciudad, y el inicio de una facies «massaliota» frente a la facies «ibérico-focea» iniciada a finales del siglo VII-principios del siglo VI y sobre la que se establecerá la nueva fundación⁷⁸. Esta datación baja está más de acuerdo con lo que sabemos de la dinámica de Massalia que la datación alta, en el siglo

⁶⁹ M. Almagro Gorbea, art. cit. nota 41, pp. 439-441.

⁷⁰ B. B. Shefton, art. cit. nota 23, p. 365.

⁷¹ A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, I, Barcelona, 1948, pp. 113-114.

⁷² M. Miller, *The Thalassocracies*, Nueva York, 1971, pp. 106-107; 174-176.

⁷³ *Ibid.*, p. 1.

⁷⁴ F. Villard, *op. cit.*, nota 52, pp. 117-118.

⁷⁵ J. J. Jully, «Vases grecs en provenance de sépultures pré-romaines en Languedoc et en Catalogne. (Fin du VIIe-IVe s. av. J. C.)», *AC*, 46, 1977, pp. 5-40.

⁷⁶ M. Slaska, «Anfore marsigliesi a Gravisca», *I Focei*, pp. 354-359.

⁷⁷ A. Nickels, «Agde grecque: les recherches récentes», *I Focei*, pp. 269-279.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 272.

VI, anteriormente planteada por M. Clavel-Lévêque⁷⁹, que, no obstante, en un trabajo más reciente admite una fundación colonial massaliota sobre una antigua factoría focea, precisamente al final del siglo V⁸⁰. Muy interesante también la convivencia griegos-indígenas en la ciudad⁸¹, patente en la necrópolis de los siglos IV-III, lo que quizá, y es algo que, a lo que parece, ha pasado desapercibido a quienes trabajan sobre el terreno, haya que poner en relación con el carácter de «colonia de poblamiento» que asume Agde⁸², como demuestra la centuriación de su *chora*, en algún momento a partir del siglo IV, lo que requeriría una abundante mano de obra esclava que, dentro de la mejor tradición helénica, sería reclutada entre los indígenas locales⁸³ y el caso de Agde no tuvo por qué ser una excepción.

En el otro extremo del dominio massaliota, Olbia⁸⁴, fundada hacia el 340 a. C., cuyos hallazgos permiten a M. Bats el tratar de delinear una interpretación histórica que abarque a la metrópolis, Massalia, y a sus colonias. Vémos, además, cuál ha podido ser la función de Olbia, que para J. Coupry⁸⁵ era esencialmente militar y que M. Bats precisa, considerándola, junto con Agde, una cleruquía⁸⁶. En esta reconstrucción, vemos a Marsella actuando de transportista de trigo procedente de Sicilia, de Africa, de Galia, hacia Atenas. Si Emporion estaba vinculada nuevamente, en el siglo IV, a Massalia, sin duda alguna sus productos serían exportados por intermedio de ella y, en mi opinión, el lino y no el trigo sería el producto principal de la ciudad del Golfo de Rosas⁸⁷. Interesante, por otra parte, la observación de que, al menos, durante el período 340-fines del siglo III a. C. no aparece apenas cerámica italiota, pero sí productos áticos y vasos de Etruria Meridional y Lacio en Olbia y, en general, en todo el dominio massaliota, máxime si tenemos en cuenta que en la Magna Grecia está Elea, que al contrario que sus vecinas Poseidonia y Laos no cae, en el siglo IV, en manos de los lucanos (Str., VI, 1, 1) y, por consiguiente, sigue siendo una ciudad sustancialmente focea, dedicada, además, como su metrópolis (y, en cierto modo, ella misma era su metrópolis) a actividades vinculadas con el mar (Str., *ibid.*). Esto es tanto más extraño por cuanto que, en el siglo V, tal vez las relaciones exteriores de Emporion con el Mediterráneo Oriental se

⁷⁹ M. Clavel-Lévêque, *Marseille grecque. La dynamique d'un impérialisme marchand*, Marseille, 1977, p. 82.

⁸⁰ M. Clavel-Lévêque, «Un cadastre grec en Gaule: la *chora* d'Agde (Hérault)», *Klio*, 64, 1982, p. 21.

⁸¹ A. Nickels, art. cit. nota 77, pp. 77-78.

⁸² Cf. M. Clavel-Lévêque, art. cit. nota 80, p. 27.

⁸³ Cf. E. Lepore, «Problemi dell'organizzazione della *chora* coloniale», en M. I. Finley (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, Paris-La Haya, 1973, pp. 15-47.

⁸⁴ M. Bats, «Commerce et politique massaliètes aux VI^e et III^e siècles av. J. C. Essai d'interprétation du faciès céramique d'Olbia de Provence (Hyères, Var)», *I Focei*, pp. 256-267.

⁸⁵ J. Coupry, «Olbia, la Massaliote», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 191-199.

⁸⁶ M. Bats, art. cit., nota 84, p. 266.

⁸⁷ Ver nota 56; cf. E. Sanmartí, art. cit. nota 42, pp. 293-294 y pp. 302-303, y J. P. Morel, art. cit. nota 5, p. 495.

realizaran con Elea como intermediario⁸⁸; y, sin embargo, W. Johannowsky afirma que Velia siguió manteniendo relaciones con el ámbito massaliota hasta el siglo II d. C.⁸⁹. ¿Cómo se explica esto? Probablemente, los massalio-tas, si es que tienen que dirigirse a Cartago a por trigo⁹⁰, se dirijan hacia el Norte de Africa navegando por Córcega, donde Alalia seguía abierta a todo tipo de influencias⁹¹ y Cerdeña, donde existe un lugar llamado Olbia, y donde han sido halladas ánforas massaliotas encuadrables entre los siglos V y III a. C., en asentamientos fenicios⁹², así como cerámicas de época arcaica, tanto en estos centros como en otros indígenas⁹³, aun cuando sigue vigente en este caso la problemática acerca de quiénes son sus portadores, fenicios, griegos o etruscos.

Desde el Norte de Africa podría pasarse a Sicilia, también en busca de trigo y ya dirigirse hacia Atenas. El viaje de retorno podría llevar desde el Estrecho de Mesina a las Lipari, donde sabemos que existían bastantes ciudadanos eleatas a partir del siglo V a. C.⁹⁴ y desde donde se ganaría fácilmente Elea, que recibiría parte de los productos que traían como cargas de retorno los navíos massaliotas (entre éstos, cerámica ática). A este respecto, es de destacar que la coroplastia eleata de los siglos IV y III sufre la influencia ática⁹⁵. Más adelante, desde el final del siglo IV, Massalia entra en otro circuito comercial, que sigue ignorando a la Magna Grecia, pero se halla centrado en torno a Roma, con quien comparte ciertas afinidades⁹⁶. Hay que suponer que, de algún modo, sigue manteniendo relaciones con Elea, y que ésta permanecería al margen del resto de la Magna Grecia⁹⁷. De esta manera, se explicaría, por una parte, la escasez de productos italiotas en el dominio marsellés y, por otra, el mantenimiento de vínculos con la ciudad hermana por parte de Massalia que, en este sentido, seguía estando vinculada al resto del mundo foceo occidental, manteniendo esta cohesión que tanto ha llamado la atención a Morel⁹⁸.

Inmediatamente frente a la costa de Olbia se hallan las islas de Hyères que, según Clerc, y junto con todas las islas próximas a la costa meridional francesa, han sido ocupadas, o al menos tenidas en cuenta, por Massalia,

⁸⁸ A. J. Domínguez, art. cit. nota 46; cf. R. Olmos, M. Picazo, art. cit. nota 37, pp. 191-193.

⁸⁹ W. Johannowsky, art. cit. nota 1, p. 239.

⁹⁰ M. Bats, art. cit. nota 84, p. 264.

⁹¹ J. Jehasse, «Les nouvelles données archéologiques d'Aleria et la persistance des courants commerciaux grecs en mer Tyrrhénienne aux Ve et IVe siècles av. J. C.», *Simposio de Colonizaciones*, Barcelona, 1974, pp. 205-210.

⁹² R. Zucca, «Ceramica greco-orientale nei centri fenici di Sardegna. Nuove acquisizioni», *I Focei*, pp. 445-454.

⁹³ C. Tronchetti, «Inquadramento della ceramica greco-orientale in Sardegna», *I Focei*, pp. 455-462; G. Ugas, «Influssi greco-orientali nei centri tardo-nuragici della Sardegna meridionale», *I Focei*, pp. 463-478.

⁹⁴ L. Bernabò-Brea, «Iscrizione funerarie di cittadini eleati a Lipari», *I Focei*, pp. 371-373.

⁹⁵ W. Johannowsky, art. cit. nota 1, p. 240.

⁹⁶ M. Bats, art. cit., nota 84, pp. 265-266.

⁹⁷ E. Lepore, «Elea e l'eredità di Sibari», *Velia e i Focei in occidente*; *PP*, 21, 1966, p. 262.

⁹⁸ J. P. Morel, art. cit. nota 5, pp. 492-493.

frecuentemente para combatir a los piratas (ligures según él)⁹⁹. En las proximidades de ellas, se localizó en 1973 un santuario rupestre dedicado a Aristeo, que ha proporcionado unos 600 vasos, en su mayoría del siglo I a. C. y unas 350 inscripciones en griego sobre esos vasos, que son aquí presentadas¹⁰⁰, y de las que por las anteriores noticias apenas sabíamos nada más que su existencia¹⁰¹.

El estudio onomástico permitirá a los autores deducir una serie de rasgos de la población griega de las proximidades de Olbia y, por de pronto, es un testimonio más de la larga perduración de la lengua griega en Occidente¹⁰². Hubiera sido interesante que los autores hubieran descrito con más precisión el entorno; se nos informa de que se trata de un santuario rupestre, lo que, en principio, encaja bien con lo que sabemos de Aristeo y su leyenda, especialmente su entrevista con Proteo en una gruta cerca del mar, de la que nos informa Virgilio (*Georg.*, vv. 425 ss.). Por el entorno rupestre y tal vez por el tipo de culto que se practicaba, es probable que no hubiera ninguna estatua de culto¹⁰³, aunque sabemos que había, al menos, un altar y que Aristeo debía tener una amplia gama de atribuciones debido al carácter de dios o héroe «civilizador» que poseía¹⁰⁴.

Si dejamos la costa meridional francesa para pasar a la costa ligure, nos encontramos con Génova, en cuyo hábitat prerromano se han realizado una serie de excavaciones que demuestran la importancia del sitio como punto de escala etrusco desde fines del siglo VI-inicios del siglo V en adelante, aunque es también abundante la llamada cerámica pseudo-jonia, de dudosa atribución¹⁰⁵. Igualmente, empero, están presentes las ánforas massaliotas, desde el 500 a. C., lo que puede indicar un comercio concurrente con el etrusco; además, desde la mitad del siglo IV a. C., las ánforas massaliotas van a ser netamente predominantes, lo que coincide con una reactivación del comercio massaliota, ya atestiguada en otros lugares¹⁰⁶.

Si, pasada Génova, proseguimos por la costa tirrénica de Italia, penetramos en Etruria donde el primer punto que va a llamar nuestra atención será Pisa, donde una serie de hallazgos fortuitos, iniciados en 1977 permiten comprobar la existencia allí de una importante masa de importaciones cerámicas, muy especialmente anfóricas¹⁰⁷, a partir de la segunda mitad del

⁹⁹ M. Clerc, *Massalia. Histoire de Marseille dans l'Antiquité*, Marsella, 1927, p. 263. Cf. Str., IV, 1, 9.

¹⁰⁰ J. Coupry, M. Giffault, «La clientèle d'un sanctuaire d'Aristée aux îles d'Hyères. (Ier siècle av. J. C.)», *I Focei*, pp. 360-370.

¹⁰¹ *Gallia*, 33, 1975, p. 562; 35, 1977, p. 501; 37, 1979, pp. 558-559; 39, 1981, p. 537.

¹⁰² J. P. Morel, art. cit. nota 5, p. 492.

¹⁰³ B. F. Cook, «Aristaios», *L.I.M.C.*, II, 1, Zürich-Munich, 1984, pp. 603-607.

¹⁰⁴ J. Coupry, M. Giffault, «Le sanctuaire d'Aristée», *Histoire et Archeologie*, 57, 1981, pp. 33-34. Cf. J. Bermejo, «La función real en la mitología tartésica: Gargoris, Habis y Aristeo», en *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1982, pp. 61-86.

¹⁰⁵ F. Tinè Bertocchi, M. Milanese, «Recenti rinvenimenti genovesi. Osservazione sulle ceramiche importate dell'abitato preromano di Genova», *I Focei*, pp. 343-353.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 348-353.

¹⁰⁷ O. Pancrazzi, «Pisa. Testimonianza di una rotta greca arcaica», *I Focei*, pp. 331-342.

siglo VI a. C., y durante todo el siglo V y algo más. Es significativo que, porcentualmente, las ánforas greco-orientales («à la brosse», samias y quiotas) sean las más representadas (un 70 por 100 del total), seguidas de las corintas, jonio-massaliotas y massaliotas, y etruscas (13, 9 y 8 por 100, respectivamente)¹⁰⁸. La autora interpreta estos datos mediante la consideración de Pisa como una escala comercial a la que llegarían productos de la Grecia del Este, por un lado, y productos massaliotas por otro; pero no se nos dice a través de quién llega la cerámica de la Grecia del Este. No creo que sea excesivamente arriesgado suponer un transportista foceo, o foceo-massaliota, para ambos tipos de productos, máxime si tenemos en cuenta que Pisa es definida por Servio (*Ad. Aen.*, X, 179) como *Phocida oppidum*. Evidentemente, la Pancrazzi no conoce el artículo de G. Ciampoltroni, publicado en el número de *Studi Etruschi* correspondiente a 1981, pero que apareció en 1982¹⁰⁹, en el que, además de interpretarse, acertadamente en mi opinión, el pasaje de Servio, se plantea, en base a semejanzas formales entre una serie de esculturas de Pisa y otras de Marzabotto, la existencia de un único taller pisano-volterrano, que ha distribuido sus obras en la Etruria Padana a través de una ruta continental fluvio-terrestre. La datación de estas obras, entre el final del siglo VI y el siglo V a. C., coincide con lo que sabemos de la cerámica importada en Pisa que, en opinión de Ciampoltroni, permitirá confirmar su teoría, como creo que lo hace, en espera de su publicación. (En la época en que Ciampoltroni redacta su artículo, la cerámica que presenta la Pancrazzi en este Coloquio estaba aún inédita.) De esta manera, sobresale Pisa como un lugar privilegiado en los intercambios mediterráneos, pero también en los continentales. Por el momento, la ruta propuesta alcanza a Bolonia-Felsina, desde donde el acceso al Po y a las ciudades de su desembocadura, Adria y Spina, es fácil. Además, están atestiguadas las relaciones, en los últimos momentos del siglo VI y siglo V, entre Bolonia y Spina¹¹⁰.

Por otra parte, puesto que la presencia egineta en la región de Adria parece iniciarse, al menos, en el segundo cuarto del siglo VI a. C. hay que pensar que los foceos «descubren» Adria (Hdt., I, 163) antes o que, en el fondo, el «descubrimiento» es obra de foceos, pero también de eginetas, samios, etc., como ocurre, por otra parte, en Gravisca. Y Tirrenia ya estaba «descubierta» por los euboicos de Pithecusa casi un siglo antes de que los foceos frecuentaran esas aguas¹¹¹. Por otra parte, Colonna¹¹² plantea que Egina aprovecha la crisis, aunque yo diría mejor reestructuración, del comercio jonio para introducirse en sus mercados. En este sentido, la existencia de una

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 332-336.

¹⁰⁹ G. Ciampoltroni, «Segnacoli funerari tardoarcaici di Pisa», *SE*, 49, 1981, pp. 31-39.

¹¹⁰ G. Sassatelli, «L'Etruria padana e il commercio dei marmi nel V secolo», *SE*, 45, 1977, pp. 109-147.

¹¹¹ Vid. en último término, D. Ridgway, *L'alba della Magna Grecia*, Milán, 1984, especialmente, pp. 147-159.

¹¹² G. Colonna, «I greci di Adria», *Riv. Stor. Antichità*, 4, 1974, p. 15.

ruta continental Pisa-Adria no dejaría de ser interesante para los frequentadores jonios del emporio de Pisa.

Siguiendo por la costa tirrénica hacia el sur, topamos con Gravisca. La novedad más destacable en este emporio, después del largo estudio de que había sido objeto anteriormente¹¹³ es la interpretación prosopográfica que presenta Torelli¹¹⁴, que le lleva a poder concluir que, en líneas generales, las mismas personas (o las mismas familias) que realizan dedicatorias en Naucratis en época arcaica, hacen lo propio en Gravisca¹¹⁵ con todo lo que ello representa para el conocimiento de los circuitos comerciales griegos durante el siglo VI. Igualmente, es interesante la opinión del autor acerca del papel de Focea como creadora del emporio de Gravisca¹¹⁶, en una época en torno al 600 a. C.¹¹⁷, de profundo significado en el ámbito foceo (inicio del comercio tartésico y surgimiento de las primeras escalas costeras, que acabarán convirtiéndose en ciudades: Emporion, Massalia...). De un interés excepcional resulta la «genealogía» de Sostrato, hijo de Laodamante, que menciona Herodoto (IV, 152), cuyo nombre, prácticamente sin duda, aparece en el famoso cepo de ancla del santuario de Gravisca, y cuyo *acmé* habría que situar entre 540 y 500 a. C.¹¹⁸. La presencia egineta en Naucratis (Hdt., II, 178)¹¹⁹, en Gravisca y en el Adriático¹²⁰ a finales del siglo VI aunque se inicie antes en todos ellos, nos informa de los propósitos marcadamente comerciales de estos navegantes y su relación con los foceos, y también con otros jonios, con los que quizá hayan emprendido algún tipo de actividad conjunta, como la exploración del Adriático y el «descubrimiento» de Adria, aunque luego Herodoto haya atribuido el hecho sólo a los foceos (*vid. supra*).

Sobre las relaciones de los massaliotas con el emporio de Gravisca ya hemos hablado¹²¹ y un reflejo del comercio foceo en Tarquinia, de la que dependía Gravisca es un *askos* de la clase Knipovitch, datable entre 540 y 520, procedente de dicha metrópolis etrusca¹²².

Pasando a las grandes islas, ya hemos hablado de los diferentes tipos de cerámica griega que aparecen en Cerdeña, y de la problemática del intermedio de las mismas¹²³ que en ocasiones (aunque lo problemático es saber en cuáles) debe ser foceo o foceo-massaliota, aunque es probable que en algunos

¹¹³ M. Torelli, «Il santuario greco di Gravisca», *Lazio arcaico e mondo greco*. PP. 32, 1977, pp. 398-458.

¹¹⁴ M. Torelli, «Per la definizione del commercio greco-orientale: il caso di Gravisca», *I Focei*, pp. 304-325.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 318-320.

¹¹⁶ *Ibid.*, pp. 323-324.

¹¹⁷ M. Torelli, art. cit. nota 113, p. 398.

¹¹⁸ M. Torelli, art. cit. nota 114, p. 318.

¹¹⁹ Cf. M. Torelli, *ibid.*, pp. 317-318.

¹²⁰ G. Colonna, art. cit. nota 112, pp. 1-21.

¹²¹ *Vid.* nota 76.

¹²² M. Martelli, «Un askos del Museo di Tarquinia e il problema delle presenze nord ioniche in Etruria», *I Focei*, pp. 327-329.

¹²³ *Vid.* notas 92 y 93.

casos haya artesanos griegos trabajando *in situ*¹²⁴. A este respecto, hay que recordar que a mediados del siglo VI hubo un inusitado interés en Jonia por Cerdeña¹²⁵.

Si pasamos a Córcega, el panorama cambia. Aquí tenemos atestiguada la presencia de una colonia focea, Alalia. La contribución de los Jehasse¹²⁶ subraya, como continuación de una serie de trabajos que vienen dedicando al tema, el carácter de Alalia como un establecimiento griego *junto a* otro indígena, tal vez la «capital» de los *Corsi*¹²⁷; en el desalojo (parcial) del mismo debe de haber influido también la propia presión de los *Corsi*, entre los que el establecimiento de un gran número de foceos habría causado un profundo desequilibrio¹²⁸. Podrían verse, según estos autores, tres fases en el desarrollo de Alalia, aunque antes sólo distinguían dos¹²⁹: una primera, consistente en una factoría griega; una segunda en la que los foceos tratan de imponerse mediante una superioridad de armamento; finalmente, una tercera que vería la colonia de poblamiento¹³⁰. Lamentablemente, no se precisa cuál es el proceso de evolución del primero al segundo estadio, ni el momento en que tiene lugar. Es probable que la fundación de Alalia hacia el 565 a. C. tuviese una finalidad comercial, pero no hay que descartar tampoco que fuese una forma de evitar una nueva superpoblación en Focea como la que, tres generaciones antes, les había obligado a fundar Lámpsaco. Esto puede venir corroborado por el hecho de que, más o menos en la misma época se nos menciona la presencia focea en Amisos, en la costa meridional del Ponto Euxino (Ps. Scimno, vv. 917 ss.), que M. Miller¹³¹ considera como un reforzamiento de una primitiva colonia milesia, opinión más convincente que la de N. Ehrhardt en su reciente libro sobre las colonias milesias, donde considera como fuente válida sólo a Teopompo (*ap. Str.*, XII, 3, 14), y niega la presencia focea porque Herodoto no menciona el hecho¹³², lo cual, evidentemente, no es un argumento de peso. Además, tanto la fundación de Alalia como la de Amisos, que resolverían un problema demográfico en la metrópolis, permitiría a los foceos ejercer, sin duda, un cierto control del mar, con puntos clave en los principales ámbitos comerciales del momento. No es extraño que, por ello, algunas listas de talasocracias sitúen con estas fundaciones el inicio de la focea¹³³.

En relación con la caída de Focea, J. Heurgon retoma el tema, ya tratado

¹²⁴ G. Ugas, art. cit. nota 93, p. 464.

¹²⁵ T. J. Dunbabin, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, pp. 342-343.

¹²⁶ J. y L. Jehasse, «Alalia/Aléria après la "victoire à la cadméeenne"», *I Focei*, pp. 247-255.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 255.

¹²⁸ J. y L. Jehasse, «The etruscans and Corsica», en D. y F. R. Ridgway, *Italy before the Romans*, Londres, 1979, pp. 324-325.

¹²⁹ J. Jehasse, «Les dernières leçons de la Corse», *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en occident*, Paris-Nápoles, 1978, pp. 272-273.

¹³⁰ J. y L. Jehasse, art. cit. nota 126, p. 255.

¹³¹ M. Miller, *op. cit.* nota 72, p. 107.

¹³² N. Ehrhardt, *Milet und seine Kolonien*, Frankfurt, 1983, pp. 58-60.

¹³³ M. Miller, *op. cit.* nota 72, pp. 174-176.

por él anteriormente¹³⁴, de la estela de Lemnos, y resume en esta ocasión su anterior trabajo, más completo y documentado¹³⁵, en el que defiende la identificación del individuo allí representado con un tal Hylaios de Focea, muerto hacia el 515 a. C., y llegado a la isla de Lemnos hacia el 545 a. C., como consecuencia de la caída de Focea en manos persas, a pesar de la dura crítica de Lejeune¹³⁶, que, por otra parte, tampoco parece afectar a Morel¹³⁷. En todo caso si este Hylaios, si es que se llamaba realmente así, fue foceo, tampoco sería extraña su presencia en Lemnos, de la misma manera que no lo es en otros puntos, como en Massalia (Str., VI, 1, 1)¹³⁸, aunque Clerc, y luego Villard¹³⁹ crean que en el texto de Estrabón haya que leer Alalia y no Massalia. Tal vez la fuente de Estrabón en este pasaje (Antioco) tuviese una información más completa, ya que menciona el nombre del jefe de la expedición, Creontíades, y parece haber una clara referencia a dos sitios diferentes, Córcega y Massalia.

Abandonando ya Córcega, se prescinde en el Coloquio totalmente de Roma, por donde, según Justino (XLIII, 3, 4) pasaron los foceos que fundaron Massalia, siendo bien acogidos por el rey Tarquinio, que, si hay que creer la leyenda en torno a su «padre» Demarato¹⁴⁰, hablaría, lógicamente, griego; es éste un aspecto que hubiera merecido algún tipo de tratamiento. La Roma de Tarquinio Prisco era ya una importante ciudad¹⁴¹ y, aunque en esta tradición hay, sin duda, elementos legendarios como en muchas otras¹⁴², no es improbable tampoco una frecuentación focea de las costas latinas en el primer cuarto del siglo VI a. C.; menos improbable aún si pensamos en el ejemplo de la vecina Gravisca, y si tenemos presentes los recientes hallazgos en Roma y en el Lacio, que refuerzan esta presencia. Que una de estas (¿frecuentes?) expediciones se dirigiera luego a fundar Massalia tampoco tiene nada de extraño¹⁴³.

Es ya tiempo de pasar a la última etapa de los viajes foceos en Occidente: Hyele o Elea, fundada tras la «victoria cadmea» de Alalia, sobre un lugar ya frecuentado por los foceos (¿un emporion?), tal vez por concesión de Poseidonia¹⁴⁴, de la misma manera que la metrópolis lo había sido por concesión de Cime. En este Coloquio, y a pesar del título, Velia recibe poca

¹³⁴ J. Heurgon, «A propos de l'inscription "tyrrhénienne" de Lemnos», *CRAI*, 1980, pp. 578-600.

¹³⁵ J. Heurgon, «A propos de l'inscription tyrrhénienne de Lemnos», *I Focei*, pp. 189-192.

¹³⁶ M. Lejeune, «Un phocéen à Lemnos?», *CRAI*, 1980, pp. 600-606.

¹³⁷ J. P. Morel, art. cit. nota 5, p. 491.

¹³⁸ Cf. A. J. Graham, *op. cit.* nota 10, p. 140.

¹³⁹ M. Clerc, *op. cit.* nota 99, p. 136; F. Villard, *op. cit.* nota 52, p. 79.

¹⁴⁰ A. Blakeway, «"Demaratus". A study in some aspects of the earliest Hellenization of Latium and Etruria», *JRS*, 25, 1935, pp. 129-149; C. Ampolo, «Demarato. Osservazione sulla mobilità sociale arcaica», *DArch*, 9-10, 1976-1977, pp. 333-345.

¹⁴¹ C. Ampolo, «Periodo IV B (640/30-580 a. C.)», *La formazione della città nel Lazio. DArch*, 2.2. (N.S.), 1980, pp. 165-192.

¹⁴² E. Bayer, «Rom und die Westgriechen bis 280 v. Chr.», *ANRW*, I, 1, 1972, pp. 305-340.

¹⁴³ Cf. C. Ampolo, «L'Artemide di Marsiglia e la Diana dell'Aventino», *Nuovi studi su Velia*, *PP*, 25, 1970, pp. 200-210.

¹⁴⁴ Cf. E. Lepore, art. cit. nota 97, p. 258; J. Boardman, *op. cit.* nota 10, p. 189.

atención. Hay un estudio dedicado al análisis geomorfológico del asentamiento, su evolución en época histórica, y su influencia sobre el establecimiento humano¹⁴⁵ y otro que presenta una serie de observaciones acerca del desarrollo urbano y la cultura material, en base a los materiales y estructuras que han ido apareciendo en las excavaciones¹⁴⁶. Lo realmente interesante hubiera sido que los autores de ambas comunicaciones hubieran realizado una sola en la que habrían podido seguirse las fases del desarrollo urbano de la ciudad y sus motivos últimos, en base a la configuración, y transformación, del terreno.

Es interesante el cálculo de población del asentamiento primitivo, fijada en unos 5.000 a 7.000 habitantes por Johannowsky¹⁴⁷. En relación con esto, podemos pensar que, ya que parece que Alalia no es abandonada después de la batalla¹⁴⁸, ¿no podría pensarse que los que allí permanecen son los naturales de Alalia, mientras que los que se marchan son los foceos de Focea o, al menos, una parte de ellos? Otro problema que surge es el de transportar a 5.000-7.000 personas en, teóricamente, veinte naves, que son las que les quedan utilizables, si no para la guerra, sí, al menos, para navegar, a los foceos (Hdt., I, 166). Además de poder suponer que los foceos tendrían en su puerto alguna nave en reparación o en reserva, la única forma de poder transportar a esa población era en trirremes, para las que Herodoto da un promedio de 200 tripulantes (VII, 184; VIII, 17). De 5.000 a 7.000 personas sí podrían ser transportadas en 20 trirremes, al menos teóricamente. Quizá fuera más difícil hacerlo en penteconteras, como afirma Morel¹⁴⁹. Hay que pensar que la trirreme ya había sido introducida en Grecia a finales del siglo VII a. C.¹⁵⁰.

Es también interesante la cifra de 5.000 a 7.000 habitantes en Elea hacia el 500 a. C., si tenemos en cuenta que J. M. Cook¹⁵¹ calcula, en base a los cálculos de Roebuck¹⁵² la población de Focea en el momento de la batalla de Lade (494 a. C.) en 2.400 habitantes.

Aquí, evidentemente, hay algo que no encaja. Si más de la mitad de los foceos permanecen en Focea (Hdt., I, 165), ésta no puede tener en el 494 a. C. solamente 2.400 habitantes. Si los alialotas pueden poner en línea de combate 60 naves (Hdt., I, 166), esto quiere decir que disponen, al menos, de 12.000 varones movilizables (utilizando trirremes) y una población, en base a los

¹⁴⁵ M. Baggioni-Lippmann, art. cit. nota 1.

¹⁴⁶ W. Johannowsky, art. cit. nota 1.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 227.

¹⁴⁸ J. y L. Jehasse, art. cit. nota 126, p. 255; J. Jehasse, «La "victoire à la cadméeenne" d'Hérodote (I, 166) et la Corse dans les courants d'expansion grecques», *REA*, 64, 1962, pp. 274-278.

¹⁴⁹ J. P. Morel, art. cit. nota 5, p. 484. Cf. las observaciones de J. Jehasse, art. cit. nota 148, pp. 248-249.

¹⁵⁰ J. Alvar, *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas*, Madrid, 1980, pp. 112-115.

¹⁵¹ J. M. Cook, «The History of Old Smyrna», *Old Smyrna, 1948-1951. ABSA*, 53-54, 1958-1959, p. 22.

¹⁵² C. Roebuck, «The economic development of Ionia», *CPh*, 48, 1953, pp. 9-16.

cálculos anteriores, de 48.000 personas¹⁵³, con lo que si tenemos en cuenta los *ca.* 8.000 individuos que mueren o caen en manos enemigas (Hdt., I, 166), restarían 40.000 personas de las que se trasladan a Elea sólo 7.000. No parece probable, por lo que sabemos, que en Alalia quedasen 33.000 personas de origen griego. Si empleamos un cálculo basado en la capacidad de las pentecónteras, las cifras son más bajas, pero, igualmente, improbables en lo que se refiere a la permanencia de griegos en Alalia. Si, por el contrario, pensamos que la huida de Focea es protagonizada fundamentalmente por hombres, acompañados, en no sabemos qué proporción y qué casos por mujeres y niños, pero quedando el mayor número de mujeres en la ciudad, en una de las idas y venidas, antes de poner rumbo a Occidente, podremos explicar la debilidad de Focea en 494, que sólo puede aportar tres naves frente, por ejemplo, a las 17 de Teos, que también habían emigrado (Hdt., I, 168). De la misma manera, el gran contingente de naves en Alalia podría indicarnos el mismo hecho y, al evacuar Córcega, algunos llevarían consigo a sus mujeres e hijos, pero quizá no todos tuvieran. Además, los matrimonios podrían haberse celebrado en la propia Alalia, y allí habrían nacido los hijos de estos foceos emigrantes. A este respecto, es sumamente interesante ver las provisiones tomadas en el decreto de fundación de Cirene, que elige a un hijo de cada familia y que esté en la «flor de la vida»¹⁵⁴ para emigrar ante una situación, en ese caso económica, angustiosa.

Focea no fue abandonada; Alalia tampoco. Sin embargo, leyendo a nuestras fuentes da la impresión de que sus protagonistas toman siempre decisiones «heroicas», cuando la realidad debió de ser diferente. No sabemos qué propósitos exactos movían a los foceos que abandonaron su ciudad hacia el 540 a. C., pero quizá se había declarado en ella la *stásis* porque, no cabe duda, entre los foceos había partidarios de los persas, como los había en muchas ciudades jonias. Además, tenemos también el caso del general foceo Dionisio, que tras la batalla de Lade huye a Sicilia, plenamente consciente, por otra parte, del destino que le espera a Focea (Hdt., VI, 17).

J. P. Morel se encarga de cerrar el Coloquio recapitulando los principales datos adquiridos y las principales ausencias¹⁵⁵, a todos los cuales hemos ido aludiendo a lo largo de la presente exposición. Yo, por mi parte, he intentado aportar una serie de datos para la discusión de algunos de los problemas que plantea la colonización focea en el Mediterráneo, especialmente en su cuenca occidental por el mayor número de datos que poseemos, aunque sin agotar todos los temas posibles. Los resultados principales a que puede llegarse, no son otros que la constatación de que la lectura de las fuentes aún no está agotada, que la arqueología aún tiene que seguir aportando nuevos elementos que permitan reafirmar los datos actuales y, sobre todo, que en el caso foceo como quizá en el de otras metrópolis griegas, es imposible y,

¹⁵³ *Ibid.*, p. 12.

¹⁵⁴ A. J. Graham, *Colony and mother city in Ancient Greece*, 2.ª ed., Chicago, 1983, p. 41; pp. 224-225.

¹⁵⁵ J. P. Morel, art. cit. nota 5, pp. 479-500.

metodológicamente incorrecto, crear compartimentos estancos entre ambas cuencas mediterráneas; Focea y sus colonias son un ejemplo de cohesión más allá del tiempo y del espacio que, no obstante, sólo puede seguirse con cierto detalle en occidente. Es imprescindible, por consiguiente, emprender la investigación del Oriente foceo empezando por la propia Focea y, sin abandonar Lámpsaco y Amisos, seguir investigando en Naucratis, que quizá sea, en último término, la clave de todo el tráfico comercial griego durante buena parte de los siglos VII y VI a. C.

Muchas más reuniones de especialistas, muchas nuevas excavaciones pero también muchas reinterpretaciones de los datos ya consolidados, serán necesarios antes de que podamos aproximarnos con ciertas garantías de éxito a la historia de Focea y de sus colonias. Las presentes líneas han pretendido servir de contribución a esa historia.

